

EL HUASO

Aquí lo forrajearnos gancho:

(significa que se le va a servir un plato de comida caliente al invitado)

Era fría, muy fría la mañana de aquel agosto de 1963.

El Huaso, estaba, con las manos en los bolsillos, sentado en una gran piedra a la salida de Calama, en la orilla derecha del camino que conducía al mineral de Chuquicamata. La camioneta de la compañía, pasó como un bólido por su lado, sin siquiera mirarlo. Eran las 07:30 de la mañana, el joven ingeniero que la conducía, el chico Díaz, iba muy atrasado, debería haber estado en la mina a las 7:15 A.M.. Habiendo rebasado unos 100 o 200 metros de la posición en que se encontraba el huaso, la camioneta comenzó a desviarse peligrosamente hacia su derecha. Un neumático pinchado era el causante del incidente. La pericia y fuerza del conductor, hicieron que este incidente no pasara a mayores y la camioneta logró, después de varios saltos y escalofríos, detenerse a un costado de la berma con el neumático completamente destrozado, incluso, la llanta abollada y comprometida. Se baja el chico Diaz, se rasca la cabaza y con resignación y con frío, comienza a sacar el gato mecánico, la manivela y la llave de cruz, mientras pensaba, que ese incidente, con la prueba irrefutable del neumático destrozado, serían su mejor explicación por haber llegado un par de horas tarde. Incluso pensó regresar a Calama y dormir algunas horas. La noche anterior, habían hecho una cena de despedida al gringo

Schemmnen (en realidad era alemán, pero todos le decían “El gringo”) y se había recogido al “sobre” a altas horas de la madrugada.

Estaba el chico Diaz, en la complicada y peliaguda situación de instalar el gato en el eje de la camioneta, cuando percibe una sombra a su lado que, con voz chillona y clara, sin pasar inadvertido su acento de huaso del sur de Chile, le pregunta: ¿le doy una manito jefe? Claro, por supuesto, responde el chico Diaz.

Después de reemplazado el neumático y ya rumbo al mineral, la pregunta clave: ¿tu juegas al fútbol? Por supuesto jefe era seleccionado infantil allá en mis tierras de Lebu y después seleccionado juvenil, es más, jugué fútbol profesional por el archiconocido Ñublense de Chillán, pero el DT no me siguió poniendo de titular e impidió el pase a otros clubes, cuando descubrió que le estaba “tallando el naipe” a una de sus hijas.

El chico Diaz: Bueno, ahí tienes el nombre y el número de teléfono de alguien que te puede ayudar a buscar pega en Chuqui, más aún si juegas fútbol. Dejó al huaso, en la explanada de Ingeniería (frente a la oficina de planos), e ingresó al área industrial por la famosa ex puerta 1. La entrevista, del huaso con el Ingeniero jefe de proyectos, tuvo lugar al día siguiente de su llegada al mineral. Esa, su única noche a la intemperie, durmió, en un banco de cemento de la plaza de armas de Chuquicamata. Arropado con su gruesa chaqueta de lana y como almohada, una mochila con cuatro pilchas dentro. Nadie importunó su descanso, bajo la estrellada noche, ni siquiera algún perro callejero, (en el mineral, no existían)

El Ingeniero jefe, fanático del fútbol, lo interrogó: ¿en qué puesto juegas? el huaso: en el que me ponga jefe, al arco no soy muy bueno. Efectivamente: el huaso era extraordinario en cualquier puesto. En la defensa, era impasable, no cometía faltas y generalmente salía elegantemente jugando con pelota dominada, hacía recordar los mejores tiempos de “don Elías”, en el medio campo, jugaba de memoria y ponía precisos y preciosos “pases gol”, recordaba los mejores tiempos del “chueco” Merello o al “chamaco” Valdés. En la delantera, generalmente anotaba un gol por partido, tenía un dribling (gambeta o amague) endemoniado y alta estatura que lo hacía ganar a la defensa contraria en los tiros “a la olla” (medía un metro 91 centímetros) era un mastodonte de casi 100 kilos, ágil y de gran velocidad.

Además, el huaso era caballeroso y de muy buena voluntad. No pasó un año, para que la sección Operaciones Mina, lo reclutara para sus filas, pero esta vez con un contrato indefinido por La Chile Exploration Company (Actual CODELCO- división Chuquicamata.)

Esa fue la época en que el huaso se hizo conocido: Operaciones Mina obtuvo el campeonato tres veces consecutivas en fútbol, y en todas, el huaso fue pichichi. En baby no lo hacía nada mal, Operaciones mina obtuvo el primer lugar en cuatro oportunidades en la Copa Minera y adivinen quien resultó goleador en todas ellas: Correcto, el huaso.

Pero las dotes del huaso no sólo se reducían al deporte, tenía una magnífica y magistral oratoria y muchas, muchas ganas de aprender. Rápidamente los mineros lo eligieron presidente del Sindicato Industrial N°1, el sindicato más poderoso del país, con 7.000 a 8.000 socios activos. (Durante su administración, se hicieron las

gestiones para traer jugadores de prestigio a Cobreloa, tales como Mario Soto, Ladislao Mazurkiewicz, Jorge Siviero y Washington Olivera, entre otros astros, (pero eso es otro cuento y otra escala de tiempo))

La penúltima vez que vi al huaso, fue el verano de 1973, en Iquique. Andaba de vacaciones en esa ciudad. Lo encontré en la feria, acompañado de su esposa y una montonera de cabros chicos. Llevaba una sandía enorme bajo cada uno de sus brazos y bromista como siempre me dijo -éstas las llevo para el postre – señalando con los labios, el par de sandías – y esa otra, señalando el abultado vientre de su esposa – es mí postre en unos meses más. Me contó, emocionado, que estaba viviendo en Calama en una casa que le asignó la empresa y por primera vez en su vida, se había sentado en un sillón y había hecho sus necesidades en una taza de W.C. También me contó – con indisimulado orgullo – que había completado sus cursos de enseñanza media en una escuela nocturna de Calama y a comienzos de agosto, el sindicato le otorgaría una beca para ir a estudiar Ciencias Políticas en la Universidad de Berlín en la RDA. El sindicato, le había “echado el ojo”. Como alcalde, diputado senador, era fijo electo. El partido pensaba en grande y querían llevarlo de candidato a la presidencia de la república, pero primero había que instruirlo, pulirlo un poco, ya que era un diamante en bruto.

El pronunciamiento militar en Chile, lo encontró estudiando en la RDA. Volver a Chile, en ese momento, hubiese sido un suicidio (era reconocido militante Socialista). Obtuvo la nacionalidad alemana para él y su familia y se radicó en ese país comunista. La universidad, por ser un alumno destacado, le asignó una cátedra en la facultad de Ciencias Sociales, y luego una beca para obtener el grado de

magister en Ciencias Políticas. El huaso muy pronto se convirtió en una eminencia académica de su nuevo país y especialista reconocido y consultado por los grandes jerarcas del color que fueran en la década de los 80. A fines de los 80 se fue con monos y petacas a realizar estudios a la universidad de Singapur (La mejor Universidad del mundo no occidental). En esa prestigiosa universidad, obtuvo el grado de Doctor en Ciencias Políticas.

Ya la RDA no existía, por lo que el partido, lo acomodó en Moscú con un trabajo menor en una universidad rusa. Intentó varias veces volver a su terruño, pero los jerarcas rusos, no lo permitieron.

La última vez que vi al huaso, fue en el Aula Magna de la universidad de Singapur. En la década de los 90 del Siglo pasado. Se haría entrega de los títulos y grados a los alumnos destacados de esa universidad

Y ahí estaban reunidos los mejores médicos, abogados, científicos, economistas, educadores y cientistas políticos del mundo y, por supuesto, entre ellos, el huaso, que destaca entre los demás por su elevada estatura. Cuando al maestro de ceremonia le correspondió – en inglés, francés, chino, español, alemán e italiano – anunciar al huaso, este se acercó y respetuosamente -también en varios idiomas – le pidió el micrófono y, en perfecto español, dijo: “yo quiero que mi reconocimiento (diploma) me lo entreguen Fulanos Zutanos, Ingeniero jefe de Proyectos quien me dio el primer trabajo y el chico Diaz, al cual hace aproximadamente 30 años, le ayudé a cambiar un neumático”.

Mientras los mencionados subían al escenario, ambos ya de avanzada edad, con bastones y escoltados por los decanos de las facultades premiadas, todo el público del recinto se puso de pie y brindo un aplauso que duró más de 10 minutos. Nunca supe si las lágrimas del huaso eran de alegría, emoción o de nostalgia al recordar el día aquél que sentado en una piedra, a la salida de Calama, estaba haciendo “dedo”.

Han pasado más de 30 años de estos sucesos, y te estaba debiendo este relato, amigo.